


REVISTA DE LIBROS

Dossier *Los futuros del pasado*

Una conversación entre Débora D'Antonio, Emilio Crenzel y Mora González Canosa*.

Débora D'Antonio

Universidad de Buenos Aires / CONICET

dantoniodebora7@gmail.com

Mora González Canosa

Universidad Nacional de la Plata / CONICET

gonzalezcanosa@yahoo.com.ar

Emilio Crenzel

Universidad de Buenos Aires / CONICET

emiliocrenzel@gmail.com

Fecha de recepción: 05/04/2022

Fecha de aprobación: 30/04/2022

* Transcripción, revisada, de la presentación en la Librería Caburé, en San Telmo, Ciudad de Buenos Aires, el 4 de marzo de 2022.

Mora González Canosa: Buenas noches a todas y todos. La idea ahora es que entablemos un diálogo, una conversación con Emilio Crenzel y Débora D'Antonio, a partir de algunas preguntas que les surgieron tras la lectura del libro. Sin embargo, antes de eso no quería dejar de agradecerle a Emilio por esta lectura tan atenta e inteligente que acaba de compartirnos, a Débora por su presencia aquí y por su trabajo como directora de la colección Pasados Presentes de la editorial Prometeo en que aparece este libro, a la editorial por organizar esta presentación y a la Librería Caburé por recibirnos. Y, por supuesto, a la Universidad Nacional de La Plata y al CONICET, las dos instituciones públicas que hicieron posible esta investigación, así como a tantas y tantos colegas cuyos aportes también están en la trama de este libro.

Dado que Emilio ya comentó tan bien de qué trata el libro, para abrir esta conversación yo pensaba decir algo respecto de las motivaciones que me llevaron a escribirlo y, antes, a interesarme por este tema. Una suerte de ejercicio de memoria sobre ese interés, de esos que solemos hacer cuando pensamos en los contextos sociales y políticos de producción de los libros de otros y otras, y que a veces es bastante más difícil hacer con los propios, en términos de genealogías largas al menos. Entonces, pensando en hacer una historia larga de esas motivaciones por las cuales yo me intereso por un tema así, mucho más larga que el momento puntual en que uno elige un tema de investigación en la Universidad o el CONICET, creo que hay un momento político que actúa como mojón en esa genealogía que, si se quiere, es el mismo que da origen a toda la literatura testimonial de lo que conocemos como el boom de la memoria, es decir, el XX aniversario de la última dictadura militar, a mediados de la década del noventa.

Yo creo que ahí hay un punto nodal y un origen importante de vicisitudes políticas posteriores para muchas personas de mi generación. Para entonces yo era muy joven, quiero decirlo (risas). Era adolescente, tenía unos 15 años, un momento importante en la vida de todos y, en términos políticos, es cuando se da la aparición de la Agrupación H.I.J.O.S. en la escena pública. Es decir, el interés por visibilizar las identidades políticas de aquellos y aquellas que hasta hace poco eran casi solamente o de modo privilegiado —porque así había sido necesario también— víctimas de la dictadura. Algo que no debe desligarse tampoco de la agencia de esos actores en aquel momento, de las luchas que estaban librando y del modo en que era posible librarlas. Pero, entonces, creo

que en esa escena de la marcha por el XX aniversario, en los homenajes previos en algunas Facultades de la Universidad Nacional de La Plata, en toda esa época, hay un primer germen de ese interés por estudiar el período previo a la dictadura, el ciclo de politización y radicalización de los sesenta y setenta, y no el período de la represión digamos.

Ahora bien, aquel era un momento muy particular también. Eran los noventa —esa década que amamos odiar—, mediados de los noventa, para ser más precisa. Es decir, es el momento de la reelección de Menem, de aquel consenso tan difuso y extendido, y es también un momento muy particular del peronismo. Y yo creo que ahí hay también una posible genealogía del interés por este tema y por este libro, que tiene que ver con captar las diversidades y disputas de sentido al interior de ese movimiento tan complejo que es el peronismo. Es decir, algo así como el recuerdo de un eco, de una cierta reivindicación de otros peronismos posibles que se escuchaba en algunos sectores, en un contexto donde el peronismo parecía reducirse a ser sinónimo de menemismo. Es también el momento de los debates entre ciertos personajes de la cúpula montonera, toda la decepción con la cuestión de la farandulización de la política, que confluye con los lazos tejidos por Galimberti con Jorge Born, Susana Giménez y con el clima menemista en general. Entonces, creo que esas reivindicaciones y matices entre diferentes peronismos posibles en aquella época también tiene que ver con este libro, que tiene la necesidad de justificar un objeto lateral. Es decir, en general, cualquiera que haga una investigación sobre una organización armada peronista que no sea Montoneros, tiene que decir algo sobre los motivos por los cuales no se centró en la organización que terminó siendo hegemónica, digamos. Y este libro tiene justamente en esa justificación de su objeto una intención muy comparativa, un esfuerzo analítico central por pensar cuál es el carácter distintivo de las FAR, cuál es su perfil particular en el marco de las otras organizaciones armadas del peronismo. De ahí que en el libro prima la intención de no homogeneizar al peronismo revolucionario a través de los rasgos de la organización que terminó hegemonizando ese espacio, y de pensar los matices y disputas de sentido que se dieron dentro del peronismo de izquierda por aquel entonces.

Y, para ir comenzando con la conversación ya, quisiera decir una última cuestión que también está vinculada, aunque de otro modo, con la cuestión de la temporalidad. El libro plantea la intención explícita de situarse por fuera de los esquemas que oscilan entre la celebración y la condena, y también de aquellos análisis que ensayan interpretaciones rápidas del período, donde los actores aparecen capturados por lógicas irracionales que parecen incomprensibles, o que son pensados bajo lógicas como las de la cooptación, cuestiones que en general en ciencias sociales tratamos de evitar, aunque parece que no siempre lo logramos cuando tratamos con temas tan candentes como estos. Por el contrario, en el libro realmente se plantea el desafío y el esfuerzo de tratar de *comprender* a estos actores en su época, considerando las alternativas históricamente disponibles en aquel período, y con toda la responsabilidad que implica haber elegido ciertas opciones de las disponibles por entonces. Y por eso digo que ahí me parece que también entra la cuestión del tiempo a jugar. Es decir, cómo escribir sobre un pasado cuyo futuro todavía estaba abierto, cómo escribir sobre esa época tratando de reponer, como decimos citando a algunos investigadores que nos gustan, la incertidumbre de futuro que tenían los actores en aquel presente. Cómo mostrar las contingencias, las coyunturas, las encrucijadas sin descuidar aquella incertidumbre sobre el futuro; cómo reponer las alternativas disponibles en aquel momento, contrastando las opciones adoptadas con las que tomaron otros grupos, que los llevaron a derroteros diferentes. En fin, creo que muchas cuestiones convergen en esa reflexión sobre la temporalidad, como el propio título del libro, *Los futuros del pasado*. Y, también, la impronta procesual de su enfoque, la decisión de trabajar un período largo que permita reponer a esos primeros años de la década del setenta tan vertiginosos, tan marcados por la aceleración del tiempo político, toda su densidad temporal. En ese sentido, para mí era fundamental abordar tanto la década del sesenta como la del setenta, tratar de reponer todos los eslabones de ese itinerario que va de la izquierda al peronismo. Como decía Emilio en su intervención, la idea era poder captar en las FAR las “huellas” de esa cultura de izquierdas de la que provenían sus fundadores. Es decir, captar aquello que en el libro caractericé como un estilo de “peronización” particular, una forma muy particular de asumir la identidad peronista, signada por las huellas de esa cultura de izquierdas en la que se habían formado sus primeros militantes. Y, también, porque la organización fue importante en su momento justamente por esos lentes, por esa convergencia

entre marxismo y peronismo que supo sintetizar y que aún pervive en la memoria militante, más que por otros motivos, como su inserción de masas, aspecto en que la aventajaron otras organizaciones. Bueno, dos o tres palabras nomás, con la idea de iniciar esta conversación.

Débora D'Antonio: Claro, la idea de *Los futuros del pasado*, cuando Mora propuso el título, yo le dije: “¿qué querés decir con eso?” Me pareció interesante la discusión porque es bastante difícil reponer las condiciones históricas de los sujetos que analizamos. Un ejercicio que invita a evitar prejuicios, porque las primeras lecturas que planteó Emilio, que se hicieron de manera ensayística y también desde la academia, fueron muy rígidas. Había una gran condena moral, lo moral era lo primero y después venía la historia, la condena moral era el ordenador. Uno puede ser sensible y decir bueno, en los ochenta había ciertas prioridades, pero hoy en día tenemos muchos investigadores, o no sé si muchos, pero hay investigadores notables, que siguen planteando esta perspectiva. Entonces a mí me parece que ahí vos podrías contarle al público que está acá, retomando también la lectura que hace Cristina Tortti en el prólogo, cuando dice que tu libro pudo detectar que no hay tal irracionalidad en la acción de los actores, que no hay tal anomia, que no hay tal juvenilismo, sino que hay otras formas del hacer político y también de entender a este sujeto histórico. Vos algo dijiste antes, pero estaría bueno que profundices, porque ahí volver a las fuentes, a tus fuentes documentales parece una cuestión central. ¿Cómo entendés eso, en relación con la poca complejidad que había en la sociología de los años ochenta, que veía sectores anómicos descarriados o llevados de las narices por sus dirigentes? El libro plantea en este sentido matices y complejidades. ¿Querés desarrollar algo de este punto?

Mora González Canosa: Voy a contar una anécdota vinculada con eso, que pone en relación esas miradas de la academia con el tema de los testimonios y la memoria y también con la cuestión de la temporalidad que mencionaba hace un rato. Porque me parece que muchas veces hay una mirada muy condescendiente respecto de los actores de la época, que no siempre toma nota del grado de reflexividad de los actores, ubicándolos como mimetizados con aquel pasado, un

poco en el tono de la literatura del boom de la memoria. Lo cual, es una forma también de negarles su agencia, algo que también está en la base de toda forma de interpretación basada en la idea de cooptación o de unos actores “capturados” por imaginarios de tal o cual tipo. Bien, hay, por supuesto, todo un tema con la cuestión de las entrevistas, con el tema de la tensión entre compromiso y distanciamiento. Es decir, qué hacer con esas voces con las que al final uno termina dialogando tanto tiempo, incluso luego, durante los períodos de escritura. Sobre todo, porque el trabajo de investigación es algo mucho más amplio, se cruzan fuentes, se interpretan y, además, obviamente, uno como autor o autora tiene también su propia voz. Bien, yo me acuerdo el momento en que les mandé a mis entrevistados la base de la investigación de este libro. Era un momento de cierta incertidumbre, de ver cuál era el retorno, qué volvía de eso, porque se iban a encontrar con cosas que no habían leído nunca. Y me acuerdo en particular de la devolución de un entrevistado, una persona conocida que entrevisté mucho y que fue para mí un testimoniante clave. Me acuerdo que el entrevistado me dijo: “¡Por fin alguien dice estas cosas que en los ochenta no podíamos decir!”. Entonces ahí hay toda una cuestión que tiene que ver con un ida y vuelta, con un respeto mutuo, con una relación social que no se construye necesariamente a partir del mimetismo, al menos si uno no quiere escribir desde ahí. Ligo esta anécdota, entonces, con la cuestión de ciertas miradas sobre ese pasado que tienden de buenas a primeras a atribuirles irracionalidad a los actores, como forma de desplazar a ese terreno sus expectativas y proyectos, privándolos de toda lógica. Creo que eso no es más que una forma sutil o sofisticada de invalidación, que no supera entonces la falsa alternativa que oscila entre la celebración y la condena. Yo creo que en general nosotros no nos acercamos a los fenómenos sociales presuponiendo irracionalidad, sino que tratamos de captar la lógica peculiar de los actores, comprender por qué actúan como lo hacen, cuáles son sus ideas e ideales, sus proyectos, sus expectativas. La teoría de los dos demonios funcionaba justamente aislando y desligando a estos actores de la trama social más amplia de la que formaban parte, y en la cual supieron cosechar consensos también. Y, si se quiere, esos consensos, como también las tensiones y diferencias que sugiero, son de las cuestiones más importantes a indagar. Y luego, claro, está la cuestión de las fuentes y todo el oficio de la investigación, porque cuando uno hace entrevistas y releva fuentes escritas de modo sistemático hay cosas que ya no se pueden sostener, porque el tema es mucho más complejo. Creo que son ambas cosas, la cuestión del oficio de investiga-

ción y también cierta honestidad intelectual, en el sentido de acercarse al tema con una curiosidad genuina, buscando comprender esa época y a sus actores, y no atribuyéndoles a priori una suerte de irracionalidad que no es más que una invalidación anticipada con pretensiones intelectuales. El libro se posiciona de modo decidido en ese debate. Eso no quiere decir celebrar ni condenar, sino reflexionar sobre los modos de abordaje de los fenómenos sociales, sobre todo de no olvidar algunas cuestiones básicas que, en términos de la investigación académica, sostenemos siempre para temas más calmos, digamos. Cuestiones que no veo por qué deberíamos olvidar para este tramo tan convulsionado de nuestra historia reciente, más allá de nuestro acuerdo o nuestro desacuerdo político. Como en relación con tantos otros temas, en realidad.

Emilio Crenzel: Tenía ganas de intervenir sobre un aspecto que el libro pone de manifiesto. No hay nada raro en lo que voy a decir, pero el libro lo ilumina muy bien, que es el pensar ese período de los sesenta y la primera mitad de los setenta como una puesta en cuestión del orden establecido, pero entendiendo este orden no solamente como el orden dominante a escala nacional o a escala internacional del capitalismo, sino como un período de puesta en discusión de órdenes dominantes de distinta naturaleza. Es decir, también en el campo de aquellos que se proponían opciones revolucionarias o rupturistas con los órdenes sociales. Justamente lo que enfoca Mora es la crisis al interior de una de las vertientes de la izquierda, de la izquierda tradicional. Es decir, del orden dominante dentro de la izquierda. Y uno podría pensar este período como un proceso de ruptura no solamente respecto de instituciones que formaban parte del orden dominante como la iglesia católica, sino también de instituciones como los partidos comunistas o la influencia soviética a escala internacional, de desobediencia, de ruptura con esa vía, con esa vertiente revolucionaria, que era la vertiente o el cauce dominante. Y, a la vez, vos marcás el tema de las huellas. Las huellas de origen. Y una pregunta posible, que se me ocurrió ahora, es cómo sopesaste, o cómo pensaste, algo que uno podría decir es tradicional, que es esto que decimos desde las ciencias sociales sobre el cambio y la continuidad. Hubo cambios, pero también hubo continuidades (risas). Un recurso muy útil y que solemos utilizar para distintas situaciones. En este caso, ¿cómo pensaste esta cuestión de las rupturas y las huellas?

Mora González Canosa: ¿En relación con el Partido Comunista?

Emilio Crenzel: Sí, sí. En relación con el PC y también con las izquierdas, porque ahí también hay una continuidad-ruptura con el guevarismo. Es decir, uno diría, el guevarismo es una ruptura con el PC y los soviéticos. A la vez, las FAR forman parte de esa experiencia guevarista, o intentan formar parte, y luego también leen críticamente esa experiencia. Es decir, hay una revisión de una experiencia que ya es rupturista respecto de la dominante en el mundo de los revolucionarios.

Mora González Canosa: Efectivamente el libro juega mucho con ese recurso de focalizar el análisis tanto en las rupturas como en las continuidades. De hecho, en lo que decía Emilio están algunas de las tesis fuertes del libro, en esas rupturas con los partidos de la izquierda tradicional, sobre todo con el PC, por el origen de buena parte de los fundadores de las FAR. Y en este sentido, hay una intención de usar a esta organización como una suerte de mirilla para observar problemas más amplios de las décadas del sesenta y el setenta. Y ello también como una forma de seguir reponiendo las ligazones que efectivamente la organización tenía con la trama social, política y cultural más amplia de la que fue expresión. Quiero decir, las FAR fueron, en este punto, una de las expresiones de las transformaciones ocurridas en la cultura de las izquierdas del período. Y su perfil distintivo se fue forjando en base a las posturas específicas que fue asumiendo frente a un conjunto de dilemas compartidos, que atravesaron a un arco mucho más importante del campo de las izquierdas. Es decir, no todos tomaron las mismas opciones, pero sí se enfrentaron a dilemas compartidos. En relación con el Partido Comunista, del que provenían varios dirigentes de las FAR, los puntos de ruptura son básicamente dos: primero, la cuestión de las “vías” a la revolución y, luego, la cuestión del peronismo. En el primer caso, hablamos de la crítica a la revolución por etapas (esa larga espera entre la revolución democrática nacional, en que debían cifrarse las luchas del presente, y la revolución socialista, de la cual no se tenía fecha todavía posible o probable) y de la crítica a la “vía pacífica” al socialismo como la única opción. Hablamos de Cuba como alternativa y de la simultaneidad de la liberación nacional y social. A fines de los sesenta son estos los principales puntos de ruptura, de fragmentación, del Partido Comunista y también del Partido Socia-

lista. Es también el momento de los viajes a Cuba, el tiempo en que Marcos Osatinsky, Roberto Quieto, Carlos Olmedo, Arturo Lewinger y tantos otros viajan a la isla buscando ligarse de algún modo a los planes que Guevara tenía para el cono sur de América Latina. Ahí se dan rupturas importantes en los partidos tradicionales de la izquierda. A su vez, sin embargo, luego también podrán verse continuidades, continuidades en los modos en que las FAR piensan el peronismo, que sin dudas tienen que ver con esa cultura de izquierdas en la que se han formado sus fundadores. Es decir, con esa huella marxista que oficiaba como lente a través del cual el peronismo adquiría formas renovadas y múltiples posibilidades.

Ahora bien, indagar ambas pistas, la cuestión de las “vías” y la cuestión del peronismo, es un camino obviamente complejo y sinuoso. Si pensamos en el tema de la “vías” podemos ir detectando tanto cambios como continuidades. Primero está la ruptura con el PC y los viajes a Cuba. Luego viene la muerte del Che, las discusiones sobre lo de Bolivia, pero en el caso de estos grupos hay bastante persistencia en esa estrategia continental con énfasis en la guerrilla rural, más de la que en su momento fue explicitada. De hecho, cuando las FAR narran su pasado en una entrevista muy conocida en la época, publicada en *Cristianismo y Revolución*, momento en que asumen al peronismo como identidad política propia y por tanto tienen que legitimarse como parte del movimiento, algunas cosas se cuentan más que otras. No es que no hablan de ese período que continuó tras la muerte del Che, con Inti Peredo. Algo mencionan, pero cuentan poco sobre esa persistencia en la estrategia continental y en la guerrilla rural. Ahora, es verdad que en 1970, 1971, hay rupturas en relación con esa estrategia, un mayor privilegio del accionar urbano, al estilo tupamaro, y el pasaje de aquella estrategia continental a otra que, obviamente piensa en Latinoamérica, pero privilegia las especificidades del país para pensar la revolución en Argentina. A la vez, y pese a todo, también pueden detectarse persistencias de toda esa experiencia en la importancia que se le siguió otorgando al accionar armado como forma de generar consenso entre las masas, cuestión asociada a la llamada “teoría del foco”, que trasciende su forma rural o urbana. Es decir, la idea de foco como idea de vanguardia, de vanguardia político-militar irradiando consciencia entre las masas. Todo eso, si se quiere, también es una persistencia.

Y, por último, para cerrar lo del PC con una humorada, en 1973 también pueden verse otro tipo de continuidades; cambios respecto del pasado inmediato y continuidades respecto de un pasado anterior. Porque cuando asume Cámpora el gobierno, cuando asume el gobierno nacional y popular, la idea de las etapas de la revolución deja de ser algo tan lejano, porque todo proceso tiene sus tiempos. Para ponernos en contexto hay que situarnos en la coyuntura de 1972, con la perspectiva de la apertura electoral. Por un lado, está la estrategia de Lanusse, con el lanzamiento del Gran Acuerdo Nacional, con su intento de convocar a algún tipo de apertura electoral que permita relegitimar el Estado y canalizar institucionalmente la protesta popular, aislando a la guerrilla del movimiento social más amplio. Por el otro lado está la estrategia política de Perón, su ofensiva por reorganizar el movimiento, por ampliar las alianzas sociales y políticas de ese movimiento que ahora tiene perspectivas de gobierno. Alianzas que excedían ampliamente los actores privilegiados por los sectores más radicalizados del movimiento. Bien, allí las posiciones más típicas de las FAR experimentan variaciones importantes, variaciones que vuelven más comprensible su posterior fusión con Montoneros. Por un lado, se abandona el rechazo frontal frente a las llamadas “estructuras formales” del movimiento, ahora se impulsa la participación en ellas buscando hegemónizarlas. Y, por otro lado, se abandona el rechazo a toda alianza con sectores de la burguesía nacional, en el sentido que comienza a considerarse algo viable al menos en ciertos tramos iniciales del proceso de cambio. O sea, durante el gobierno de Cámpora, se vuelve a reconsiderar el tema de las etapas, porque en definitiva se mira al gobierno como un proceso que deberá irse radicalizando, que requiere tiempo, que pasará por distintos momentos. Y allí las ideas de la caducidad de la burguesía nacional, al estilo que podía enunciar Silvio Frondizi, o el propio Che Guevara, y que tanto habían signado el itinerario de los fundadores de las FAR, van quedando en segundo plano. Entonces el viejo planteo del PC ya no parece algo tan lejano. En cualquier caso, las tensiones afloran por todos lados, con Perón en primer lugar, lo cual era algo bastante previsible según muestra el libro y tal como recuperaba Emilio en su intervención. Creo que eso es bastante interesante, sobre todo en relación con esas lecturas que muestran a los actores de la época como ingenuos, engañados, irracionales o “capturados” por ciertos imaginarios. Las tensiones con Perón son de hecho muy previsibles en los documentos de la época, en el caso de las FAR desde el año 1972 se pueden leer críticas apenas veladas y formas si se quiere muy herejes de caracterizarlo, como

un líder popular, capaz de conducir los primeros tramos del proceso de liberación nacional, pero no como un líder revolucionario. Entonces ahí está de vuelta la importancia de la cuestión de las fuentes, porque se trata de cuestiones efectivamente publicadas y que circulaban en la esfera pública ya desde ese entonces. En ese sentido no deja de ser algo bastante disruptivo reponer lo que efectivamente circulaba en ese período, porque las capas de la memoria lo han ido difuminado en virtud de los relatos que circulan actualmente en algunos sectores militantes.

Débora D'Antonio: Bueno, rupturas y continuidades, con todos sus matices. Por otra parte, hay otra gran discusión que nos cruzó a todos, a nuestro campo de estudios, que se relaciona con las formas de politización y con la cuestión armada. Vos analizás un período corto de los setenta y no avanzás en los años más duros. Pero, en relación con tus actores y tus fuentes, ¿cuál es la sensibilidad que rescatás? También pensando en esta lógica dialéctica entre las continuidades y las rupturas, o entre la cuestión de la militarización y la politización, que es una discusión enorme, específicamente en el campo de estudios en el que te desarrollás.

Mora González Canosa: Cuando te escuchaba pensaba en el título de un libro de Roberto Pittaluga, que está acá presente, que se llama “Formas de la política”, así en plural. Y pensaba que, si a veces la atribución de irracionalidad es una forma de privar a los actores de su propia agencia, la cuestión de la militarización también es esa forma invalidante de privarlos de la política. Lo digo porque a veces las lecturas más consensualistas de la política, típicamente aquellas que primaron durante los ochenta pero que también son muy reivindicadas hoy, tienden a convencernos de que solo hay política cuando hay ciertas formas de la política. Entonces toda la cuestión del enfoque de la “nueva izquierda” que guía este libro va contra eso, porque lo que importa también es rastrear todas esas formas de politicidad no estatales, esa efervescencia de los movimientos sociales, esa politicidad propia de todas las rupturas que se dan en las distintas esferas de la vida cotidiana. ¿Hay política ahí o no hay política ahí? Entonces, en primer lugar, la cuestión de la militarización para mí debería pensarse como una de las formas que asume la

política, coincidamos o no nosotros con esa forma que asume, pero no como lo otro de la política, no como una dicotomía. Y vuelvo en este punto a la cuestión de las fuentes, en donde para el caso de las FAR la dinámica y las tendencias que se pueden observar son mucho más complejas. Es decir, en el caso del itinerario de esta organización en particular, si por militarización entendemos primacía de la acción armada como forma de producir efectos políticos y generar conciencia entre las masas, poca importancia otorgada a la ligazón con los movimientos sociales o al trabajo de inserción en ámbitos sociales, diría que esa lógica prima más en los inicios de la organización que en el final. Lo cual tiene que ver con el modo en que transcurre el itinerario de esta organización y los años y la dinámica en que se da. Es decir, mucho más en 1970 que en 1973, porque para esto el clivaje nuevamente es el año 1972, con la campaña del “Luche y vuelve”. Entonces, si uno mira ciertos documentos de las FAR, “Documentos de producción operacional” como se los llamaba, se va a encontrar con un lenguaje muy técnico, muy militar, muy de elaboración de explosivos digamos. Ahí hay una idea de foco muy pronunciada, esta idea de que la acción armada por sí sola generaba conciencia entre las masas, que se trataba de operar y no de hacer trabajo de masas, porque luego aquellas buscarían por sí solas sumarse a la organización atraídas por ese accionar armado. Después la dinámica empieza a cambiar, sobre todo a partir de la encrucijada política delineada en torno al año 1972 producto de la estrategia de Lanusse y la ofensiva de Perón, y la situación de aislamiento respecto del movimiento social al que parecía conducirlos la nueva coyuntura. A partir de entonces, y un poco antes también, se comienza a pensar la ligazón con el movimiento social más amplio de otra manera, y en las distintas regionales que tenía las FAR se tejieron variados lazos con agrupaciones de activistas en ámbitos barriales, sindicales o estudiantiles. En La Plata, a nivel estudiantil, y en Córdoba, a nivel sindical, se pueden encontrar ejemplos tempranos de esa política de articulación. El caso de Córdoba es seguramente el más importante, por la relevancia de su movimiento sindical, y por las ligazones que allí se dieron con núcleos de Sitrac-Sitram que actuaban bajo el Peronismo de Base. Por allá veo a uno de mis entrevistados de la regional cordobesa, realmente este libro se demoró porque antes no había logrado incorporar esa experiencia. Así que una vez que encontré el modo de entrevistar a ex militantes de esa regional no pude dejar de incorporar esa historia. Bien, entonces ya en esta época se registran cambios respecto de esas formas de la política, de esos modos en que se piensa

la ligazón entre la organización armada y el activismo sindical, barrial y estudiantil. En ese itinerario, decía, una coyuntura clave es el año 1972, con el desafío de pensar cómo ampliar sus bases de sustentación para evitar el aislamiento en aquella encrucijada política. La otra coyuntura clave, que genera una aceleración importante en esta dinámica de articulaciones, es la perspectiva de fusión con Montoneros, porque obviamente las bases que cada organización tuviera eran un factor clave para definir posiciones de poder en la nueva organización fusionada.

Débora D'Antonio: En el marco de una estrategia de poder.

Mora González Canosa: Exacto. Hay que ver la cuestión como parte de una apuesta hegemónica también, de parte de la organización.

Emilio Crenzel: De mi parte solo haría una última pregunta más. Es evidente que, dado el contexto político de producción del libro, las voces militantes que se expresan allí lo hacen con mucha mayor libertad para hablar de su práctica militante que, por supuesto, en los años ochenta, donde en el plano ideológico dominaba la teoría de los demonios y, a la vez, esa teoría se traducía en términos jurídicos, con la persecución penal a quienes fueron militantes de las organizaciones armadas. Ahora bien, en este nuevo contexto, ¿qué silencios considerarás que persisten, si es que los hay, en esas voces militantes y cuál es la tensión entre el relato descriptivo de la experiencia y la relación crítica respecto de ese pasado? Crítica no en términos de impugnación absoluta, sino justamente de combinación de una revisión con sus luces y sombras de lo que esa práctica sintetizó o expresó.

Mora González Canosa: Esa pregunta la tendría que pensar más y hacer un trabajo al respecto (risas). Pero al menos podría apuntar algunas cuestiones para tener en cuenta. Primero, uno debería ubicar cuál fue el contexto de producción de esas entrevistas, el kirchnerismo, y pensar

cómo vincular ciertos silencios o formas del recuerdo con ese contexto. Mis entrevistados eran todos peronistas y kirchneristas. Y esa persistencia en el mundo del peronismo no dejaba de resultarme un dato, sobre todo porque para algunos peronistas, incluso montoneros, seguía siendo polémico ubicar a las FAR en ese mundo. Entonces el dato de que ellos siguieran siendo peronistas... de vuelta: ¿cuándo pasamos a creer en las ideas de las máscaras, las mentiras o el engaño para pensar las identidades políticas? Yo creía que no, pero resulta que en las memorias esa idea vuelve a aparecer. La idea de que no eran verdaderos peronistas, porque para eso eran muy de izquierda. Toda eso sobrevolaba entre propios y ajenos, y habría que ver en qué sentido toda la cuestión del kirchnerismo jugaba ahí. Entonces, una primera cuestión es, creo, que estas memorias, las de quienes yo entrevisté, dialogaban con estas otras memorias, como si fueran una suerte de eco, en aquel contexto. Bien, eso por un lado. Por otro lado, diría también que los únicos dos testimoniantes que en el libro cito con un pseudónimo —yo fui conversando con cada uno de ellos sobre cómo querían ser mencionados, por supuesto— no quisieron ser referidos con sus nombres reales porque eran testimoniantes en el marco de la apertura de juicios. Entonces, de vuelta, la cuestión de poder incidir en el establecimiento de la verdad jurídica tuvo un peso en las cuestiones decibles en el marco de esta otra forma de generar conocimiento que es la investigación académica, aunque por motivos muy diferentes que en los ochenta. Un tercer elemento que introduciría respecto de las entrevistas, aunque esto ya no sé si tuvo que ver con su contexto de producción, tiene que ver con la dificultad que tuve para acceder a ciertos nudos centrales, como su interpretación sobre el peronismo en aquella época, a través de esa vía. Es decir, todos me mandaban a leer a Carlos Olmedo. Olmedo fue el principal dirigente de las FAR hasta su muerte, en 1971. Filósofo él, muy formado, escribió los documentos más conocidos de la organización, en particular el reportaje que salió publicado en *Cristianismo y Revolución*, donde las FAR dieron todas sus razones para identificarse con el peronismo, y luego la polémica con el PRT-ERP. Entonces, cuando yo les preguntaba por el modo en que concebían el peronismo en aquella época, todos me mandaban a leer a Olmedo en *Cristianismo y Revolución*, como diciendo: “¿para qué te voy a decir algo, si total él ya lo escribió mejor y lo podés leer?”. Entonces ahí había una cosa realmente muy mítica, que reproducía el peso que ese dirigente había tenido en su momento, también como pluma de la organización, como su gran intelectual, y eso que también había otros, no sé, pienso en Juan Gelman y en Paco

Urondo, por ejemplo. Además, Olmedo muere muy joven, a los veintisiete años, en 1971. Esa es otra cuestión importante, muchos de los dirigentes de las FAR murieron antes de la dictadura, y son muertes distintas, muertes en operaciones algunas de ellas. Son memorias muy diferentes. Entonces las entrevistas me sirvieron para indagar la cuestión de la peronización, pero desde un análisis más fino, a partir de ciertos términos sintomáticos y de ciertas anécdotas. Y, sobre todo, después de un análisis muy detenido más de tipo textual con las fuentes escritas.

Débora D'Antonio: Yo te quiero hacer la última pregunta: ¿Te queda algo pendiente por investigar sobre esto? ¿Te quedó algo más por decir, algo que va a ser como una esquirla de algo más o ya cerraste el tema?

Mora González Canosa: Bueno, un poquito. No mucho. He hecho ya mucho sobre el tema y tengo más ganas de cambiar de rumbo que de partir de esquirlas. Ahora mismo estoy haciendo algo que prometía en el libro y que, por supuesto, no lo voy a hacer como lo prometí ahí (risas), pero que para mí en el libro era una preocupación. Decía al inicio que una preocupación central para mí es reponer la trama social de la que estos actores participaron. Y eso para mí se puede hacer de varias maneras, también viendo lo que han hecho otros colegas muy valiosos. En el libro yo planteo dos caminos relevantes para eso. Uno era el que yo hice allí, que era ir para atrás, la explicación procesual, genética digamos. Ir a la génesis de algunos de estos procesos, a esas tramas más amplias de las cuales la organización era un emergente, y recorrer trayectorias, itinerarios militantes que habían iniciado sus primeros pasos en partidos políticos, sindicatos, ámbitos culturales. Es decir, volver sobre los orígenes y reponer esa trama social, política y cultural mucho más amplia de la cual emergió la organización. Una trama que había estado atravesada por debates comunes, aunque luego los caminos se fueron bifurcando a partir de las respuestas que cada uno fue asumiendo frente a un conjunto de dilemas muy propios de aquel período. En general, las hipótesis de la irracionalidad se basan en desconocer todo esto y ver a este tipo de organizaciones como si fueran creaciones *ex nihilo*. Ahora, tras esa bifurcación de la que hablaba recién, se volvieron a tejer lazos, y también a recuperar algunos previos incluso. Este es el segundo camino al que alu-

día, centrar el análisis en los nexos establecidos entre los grupos armados y las agrupaciones de activistas con que se ligaron en ámbitos barriales, estudiantiles y sindicales. Luego hay que analizar qué modalidades asumieron esos nexos, qué objetivos se les atribuyó, cómo los concibieron unos y otros. Millones de debates, pero ahí hay otro camino que a mí me parece central para entender esa época, la envergadura de aquel ciclo de movilización política, de contestación social, y también sus límites, que son las ligazones que estas organizaciones tejieron con agrupaciones de activistas en distintos ámbitos sociales. Lo que pasa es que se trata de un trabajo empírico muy arduo, porque metodológicamente todo eso no se puede inferir de lo que decían las organizaciones, no se puede trabajar con las entrevistas a sus dirigentes ni con sus documentos más conocidos. Es un trabajo empírico diferente. Es decir, no se puede presumir lo que pasa por abajo en virtud de los discursos que emiten las organizaciones, aquello que dicen que hay que hacer, cómo debería hacerse, o incluso aquello que dicen que ya se está haciendo, porque todo eso, todos esos documentos políticos tienen obviamente una dimensión performática, la intención de hacer cosas con palabras, de generar acción colectiva, de movilizar a la gente, ahí están también todos los futuros que se prometían y que, por ese camino, también se ayudaban a gestar. Entonces, ahí para mí hay un trabajo empírico que se hace enfocando la mirada desde la perspectiva de las agrupaciones de base, reponiendo su propia historicidad, su agencia y sus formas específicas de politicidad. De nuevo, todo lo contrario a la lógica de la cooptación que mencionaba al principio, que no hace más que despojar a los actores de su propia agencia en aquel período. Bueno, lo cierto es que en este segundo camino estoy trabajando justamente ahora, con una colega, especialista en movimiento estudiantil, Nayla Pis Diez. Juntas estamos haciendo un trabajo chiquito sobre una agrupación estudiantil con la que se ligaron las FAR, que fue el Frente de Agrupaciones Eva Perón (FAEP). Se trata de una escisión de la Federación Universitaria de la Revolución Nacional (FURN), la otra agrupación universitaria peronista de La Plata por aquel entonces, y la más conocida. Un trabajo chiquito, digo yo, porque terminará en un artículo, aunque ya llevamos como unas quince entrevistas hechas y muchísimo relevamiento documental, mucho trabajo empírico. Y creo que ese es el modo de captar toda esa riqueza, las complejidades y modalidades diversas de esos vínculos, sus dinámicas y sus diferentes tiempos e intensidades. De modo denso y cualitativo. Bueno, eso no más, por ahí vamos...